

# Impactos del secuestro sobre la vida en comunidad y la cultura<sup>\*</sup>

Recibido: 14/12/2024 | Revisado: 24/07/2025 | Aceptado: 20/08/2025  
DOI: 10.17230/co-herencia.22.43.11

**Gloria María Gallego García<sup>\*\*</sup>**

ggalleg3@eafit.edu.co

**Resumen** El secuestro es uno de los rostros del horror de la guerra en Colombia, una práctica violatoria de los derechos humanos organizada, sofisticada y masiva que combina el daño extraordinario, lo desmesurado, con la rutina o cotidianeidad. Este fenómeno criminal ha producido graves daños a las personas que fueron secuestradas, así como a sus familiares y allegados; además, las consecuencias negativas y destructivas han impactado el entorno ampliado comunitario con rupturas en los vínculos de amistad, vecindad, solidaridad y ciudadanía, y la quiebra del orden simbólico de los signos, valores morales, las pautas de conducta y normas básicas de convivencia. Este análisis, desde los testimonios de las víctimas recogidos y sistematizados a partir de una base teórica ética, política y de la fenomenología de la violencia en las guerras civiles, da cuenta de un aspecto menos conocido y estudiado del secuestro: los impactos negativos sobre el tejido social, los daños colectivos que afectan la vida en comunidad y la cultura, gestados lenta y calladamente por el efecto corruptor de esta modalidad de violencia instalada en la vida cotidiana del país y sostenida a lo largo de décadas.

## **Palabras clave:**

Secuestro, Conflicto armado en Colombia, normas de comportamiento, testimonio de víctimas, fenomenología de la violencia, vida en comunidad.

## **Impacts of Kidnapping on Community Life and Culture**

**Summary** Kidnapping is one of the faces of the horror of war in Colombia. It is an organized, sophisticated and massive practice that violates human rights, combining extraordinary, excessive harm with daily life. This criminal phenomenon has caused serious damage to those who were kidnapped, as well to their families and close relatives. Moreover, the negative

<sup>\*</sup> Trabajo resultado final del Proyecto de investigación 974-000009, *Maestros en medio de la guerra. Fase II: magnitud y factores de victimización docente en Antioquia*, desarrollado en 2020-2021 con el auspicio de la Universidad EAFIT.

<sup>\*\*</sup> Doctora en Derecho por la Universidad de Zaragoza. Profesora del Área de Teorías del Derecho; directora de la Cátedra de la Paz, la Memoria y la Reconciliación; coordinadora del Grupo de investigación Justicia & Conflicto de la Universidad EAFIT, Medellín, Colombia.

and destructive consequences have impacted the wider community environment through ruptures in the bonds of friendship, neighborhood, solidarity, and citizenship, and the breakdown of the symbolic order of signs, moral values, behavioral patterns, and basic norms of coexistence. This analysis, based on victim testimonies collected and systematized through an ethical, political and phenomenological theoretical framework of violence in civil wars, accounts for a lesser-known and less-studied aspect of kidnapping: the negative impacts on the social fabric, the collective harm that affects community life and culture, slowly and quietly generated by the corrupting effect of this form of violence installed in Colombian daily life and sustained over decades.

**Keywords:**

Kidnapping, Colombian Armed Conflict, Norms of Conduct, Victim Testimonies, Phenomenology of Violence, Community Life.

*“En este país nuestro ha sido tanta la guerra, tanta, soportada por demasiado tiempo, que los vivos ya estamos acostumbrados y los muertos olvidados y no hay quien registre el catálogo. La violencia pesa y pasa, así sin más, pasa y arrasa, y la muerte se ha ido volviendo vida cotidiana”*  
(Restrepo, 2018, p. 246)

El secuestro (o la toma de rehenes en el lenguaje del derecho internacional) es el acto intencional por el que una de las partes en conflicto retiene, priva de la libertad y se apodera de una persona (combatiente o no combatiente) con la intención de obligar a otro (al Gobierno, a los familiares, a una organización internacional, o a la parte adversaria) para que lleve a cabo una acción u omisión relacionada con el conflicto armado como condición expresa o tácita para mantener la seguridad de la víctima o para obtener su liberación. Las exigencias son, por ejemplo, el pago de una suma de dinero destinada a la financiación del esfuerzo de guerra, la entrega de información con valor estratégico o táctico, el canje por prisioneros o el cese de operaciones militares en una región.

El secuestro, en su conjunto, ha afectado a todos los sectores de la sociedad; ha sido una de las principales modalidades del repertorio de violencias de los grupos insurgentes. Desde 1958, del total de 39 128

víctimas identificadas con nombre y lugar de los hechos, las guerrillas son señaladas como perpetradoras en un 61 %. Mientras que los grupos paramilitares -que se autodeclaraban enemigos del secuestro y supuestos protectores de la población civil contra este flagelo- son identificados como perpetradores en un 10 % de casos. En los demás casos, el autor es desconocido (29 %) (Gallego, 2019 y 2023).

En cuanto privación violenta y arbitraria de la libertad, el secuestro sumerge en la opresión: la persona es arrancada del mundo familiar y público y puesta por fuera del consorcio civil, quedando rotos los mecanismos de protección, lo cual la deja aislada e indefensa, no ubicable espacialmente; familiares, amigos y autoridades ignoran su paradero y no pueden ampararla. Queda bajo el poder de sus captores, sometida a su voluntad arbitraria, quienes la tiranizan y amenazan con males mayores si no obedece (un régimen de vida peor, hambre, lesiones, mutilaciones o la muerte). Hay una cosificación del ser humano, pues el rehén es reducido por los actores armados a medio con valor de cambio (una “mercancía”, “un medio de presión”). El grupo de familiares, amigos, compañeros y colegas se desestabiliza a causa de estos hechos.

Los grupos insurgentes y, también, los grupos paramilitares convirtieron el secuestro en un “oficio” que requiere altos niveles de organización y funciones diferenciadas: los comandantes, quienes eligen la víctima, diseñan la operación de sustracción o retención y las pretensiones a exigir; los plagiarios y encargados del transporte; los cuidadores -que comparten mucho tiempo con el rehén y son cambiados con frecuencia para que no desarrollen lazos de solidaridad con él-; los proveedores, que procuran al grupo armado el bastimento necesario para que el rehén sobreviva, y los “negociadores”, encargados de contactar y hacer transacciones en nombre del grupo armado con la familia o el Gobierno. En esta cadena se sumaron “los vendedores de secuestrados”, esto es, organizaciones de delincuencia común con capacidad para fichar y secuestrar personas y ofrecérselas a los grupos armados ilegales a un precio “favorable” para que, en adelante, asuman el dominio sobre el rehén y la negociación.

No se trata de idealizar la supuesta convivencia pacífica, armónica y justa de una sociedad perfecta antes de que empezara la práctica del

secuestro como táctica bélica. Las guerras del siglo XIX, La Violencia de mediados del siglo XX y esta última guerra, iniciada aproximadamente en 1964, demuestran tajos hondos, enemistades acendradas en la sociedad y rupturas de los códigos básicos de convivencia. Pero el secuestro nunca había sido una práctica numerosa y constante hasta esta última guerra, cuando los grupos insurgentes lo inventan como pieza clave de sus repertorios de violencia para lograr determinados propósitos políticos o militares (la financiación de la guerra, el control territorial, la presión sobre el Gobierno para que tome determinadas decisiones) (CNMH, 2013, pp. 64-71; Rubio, 2005).<sup>1</sup>

Fruto de varios años de investigación, han sido publicados dos libros que versan sobre las cifras y magnitudes del secuestro practicado como táctica bélica, las ideologías violentas (revolucionarias y contrarrevolucionarias) que sirvieron de justificación a los grupos armados para acudir a la violencia colectiva y organizada y a las conductas de los perpetradores, y los daños emocionales, morales y materiales producidos a las personas secuestradas y su círculo familiar analizados a partir de catorce historias narradas de manera coral por víctimas sobrevivientes, familiares y amigos, que componen los volúmenes titulados *Después vino el silencio. Memorias del secuestro en Antioquia y Fue como un naufragio. Análisis y testimonios del secuestro en Colombia* (Gallego, 2019 y 2023).

Este artículo, resultado final de investigación, se centra en otra faz de la inhumanidad del secuestro, de la que se conoce muy poco, y que de manera inesperada quedó dibujada en los testimonios de las víctimas directas e indirectas: los impactos sobre el tejido social, el lento efecto corruptor de esta conducta generalizada y sostenida en el tiempo que ha alterado las sociabilidades, las actitudes, los valores, patrones de conducta, las normas básicas de la vida en común (morales y jurídicas), y los vínculos comunitarios.

Con la habituación a la realidad del secuestro han sido cuestionados valores morales fundamentales, el sentido de vivir de acuerdo con un código de cuidado, civilidad y respeto a la vida, la libertad y

---

<sup>1</sup> Antes de este período se cometían raptos de niños en las ciudades y plagios por dinero en el mundo rural por bandoleros tardíos después de La Violencia de los años cincuenta (Rubio, 2005).

la dignidad humana, de manera que lo anormal se volvió normal, en lo que constituye una “mutación de valores” (Pécaut, 2013, p. 40); una mutación del mundo en el que viven los humanos, que es distinto del medio natural, y en el que obran y se comunican simbólicamente con signos que representan emociones, ideas, deseos, formas sociales, valores y normas, y objetivan un entramado de realidades, ordenaciones y relaciones significativas llamado *cultura*, el ámbito natural transformado por el ser humano, el nido que él crea en el mundo.

El ser humano “no vive solamente en un puro universo físico sino en un *universo simbólico*”, y este constituye la marca distintiva de la existencia humana, una específica dimensión de la realidad, la del “*animal simbólico*” (Cassirer, 2006, pp. 47 y 49). La red simbólica y la urdimbre del sentido de la experiencia humana han sido alteradas por el ejemplo reiterado de conductas dañinas como el secuestro, que afectan las actitudes y creencias de las personas, sus modos de relacionarse, las pautas de comportamiento y valores, los dispositivos ordenadores necesarios para hacer inteligibles y previsibles las interacciones y cohesionar a los miembros de la sociedad. Estos constituyen daños en la cultura, puesto que impactan negativamente al orden simbólico, de los signos, las representaciones sobre formas de vida y de relación social, de los valores morales necesarios para el cuidado, la cooperación y el respeto mutuo que permiten acondicionar un mundo común y hacerlo habitable, acogedor, apto para la libertad y la dignidad humana.

La mirada de los impactos colectivos del secuestro es indispensable para comprender las múltiples facetas de este mal descomunal en el contexto de la guerra, que afectó la forma en la que las personas moldean sus sociabilidades, afrontan la vida en común y construyen (o deconstruyen) las defensas morales y jurídicas frente a la violencia.

Esta dislocación de las pautas básicas de comportamiento resalta en un mundo de libertad y contingencia (las acciones humanas, aquello que siempre puede ser de otro modo), donde muchas personas han sido también capaces de lo mejor: familiares, amigos, compañeros de trabajo, colegas, vecinos, conocidos, extraños realizaron acciones de cuidado y socorro buscando el bien de quienes padecían las embestidas de los actores armados. Hubo quienes fueron más allá de las

virtudes de la vida cotidiana y, conscientes de que la sociedad cruzaba por períodos de turbulencia, crisis, pesadumbre y desolación, pusieron en riesgo su propia vida o sus bienes para socorrer, defender o salvar la vida de quienes padecían el secuestro, sumando al cuidado las cualidades de la valentía y la magnanimidad.

## **1. De la indiferencia de la sociedad a la culpabilización de las víctimas**

Hay ofensas y delitos que deshumanizan a las víctimas, a quienes los cometen y, también, a los miembros de la sociedad que los contemplan como espectadores pasivos. En el ascenso del secuestro, la indiferencia y la pasividad de la mayoría de la sociedad -el mirar para otro lado ante la injusticia contra los semejantes- coadyuvaron al avance de la violencia y al mal descomunal.

La sociedad, ampliamente, fue viendo el secuestro como una tragedia privada inevitable, fue resignándose y normalizando esta práctica que le sucedía a “los demás”, como si no fuera un problema colectivo que alcanzó la entidad de “industria del secuestro” desde finales de la década del 80, con una generalizada distancia moral, una atrofia de la sensibilidad ante el sufrimiento de los demás y de la facultad de juzgar lo bueno y lo malo, lo aceptable y lo inaceptable. Fue clave la inacción de la mayoría:

Los regímenes infames y las bandas sanguinarias no son engendrados por el hecho de que haya un mayor número de individuos desalmados o inhumanos en la sociedad. La característica central de ambos es la insensibilidad general frente a la arbitrariedad y el sadismo. En estos casos, suelen ser millones los testigos que se abstienen de intervenir o denunciar los hechos por motivos ajenos al temor, a sanciones y represalias [...] esta inacción obedece a que los hechos que presencian han perdido el significado que nosotros coincidimos hoy en atribuirles (Malamud Goti, 2012, p. 49).

Las familias que padecieron la extorsión, el cautiverio y la pérdida del patrimonio por el que habían trabajado toda la vida, señalan con dolor la indiferencia de la sociedad e, inclusive, el abandono de parientes, amigos y vecinos que se mostraron ajenos, distantes, y no reaccionaron para expresarles solidaridad y acompañarlas en un momento tan difícil. No esperaban ayudas activas o gestiones arriesgadas por la

liberación (una conducta supererogatoria que no es exigible de manera general), pero algún resquicio quedaba para obrar con sensibilidad moral, para acompañar, escuchar, rodear, atender; un soporte emocional que las personas necesitan cuando sobre ellas se cierne la desgracia.

Hubo amigos, socios, vecinos, conocidos, colegas que prefirieron estar “de lejitos”, posiblemente por desinterés o para no dar a entender con su acompañamiento que estaban del lado de las víctimas. Quienes otrora hacían invitaciones, compartían negocios y proyectos, fiestas y paseos, ahora los dejaban de lado.

Para tratar de establecer quiénes habían secuestrado al ganadero Hernando Montoya en noviembre de 1995, y ver cómo realizaba gestiones privadas por su liberación, su hijo Juan Ignacio buscó colaboración entre los ganaderos del Bajo Cauca, donde su padre era reconocido y apreciado, para que lo llevaran ante los paramilitares -se descartaba la autoría de la guerrilla-:

Qué angustia, uno tocando puertas y esperando la solidaridad de los amigos. Mi papá era de muchos amigos en Caucasia, pero nos fueron dejando solos, así de lejitos porque ellos no se querían comprometer, teniendo sus tierras en la misma zona, y el mismo peligro.

Solo don Antonio, el mejor amigo de mi papá, fue solidario siempre y logró contactarme con Macaco, aunque la zona era de Cuco Vanoy (citado en Gallego, 2019, p. 272).

Después de pagarles el rescate a los paramilitares, y ante la completa inacción de las autoridades, Juan Ignacio logró establecer que los paramilitares habían asesinado a su papá, y estos se negaron a entregarles el cadáver. Hernando Montoya está desaparecido desde noviembre de 1995:

Para buscar a un desaparecido no hay por dónde empezar, uno está completamente huérfano, porque le da a uno miedo hablar con gente, le da a uno miedo de acusar. La mayoría de la gente no es sensible a eso. Los que tenemos seres desaparecidos somos invisibles pa' todo el mundo. La única persona que me ayudó fue don Antonio, que era el mejor amigo de mi papá. De resto absolutamente nadie, nadie. Inclusive los ganaderos viejos de la zona nos dieron la espalda también, porque todo el mundo, con miedo ya se estaba desbordando esta gente (J. I. Montoya, citado en Gallego, 2019, pp. 274-275).

A raíz del secuestro del senador y empresario de la ganadería y la agricultura comercial, Alfonso Ospina Ospina, por orden de los jefes paramilitares Carlos y Fidel Castaño, cuenta su esposa, María Luisa Posada, cómo tuvieron que irse de Medellín, primero a Estados Unidos y luego a Bogotá:

A Bogotá llegamos mis tres hijos menores y yo. Llegamos allá y otra vez a conseguir colegio y a organizar todo... y eso sí fue aún más traumático que los mismos Estados Unidos. Yo ya había vivido en Bogotá. Lo conocía y se suponía que tenía amigos...

La gente con la que nos habíamos relacionado Alfonso y yo cuando él fue secretario de la Presidencia, los mismos que yo había conocido antes no fueron cercanos ahora que estaba viuda. Yo sí tenía amigos de toda la vida que eran de Medellín, que me invitaban a cosas y estaban pendientes de mí. Pero la gente de Bogotá, no (M. L. Posada, citada en Gallego, 2019, pp. 111-112).

La pena moral de las víctimas se multiplica con el abandono de la comunidad íntima y causa desconcierto por el incumplimiento de expectativas morales arraigadas. De Gamboa y Herrera explican que “esto en sí mismo entraña una segunda pérdida adicional al daño primeramente padecido, que puede ser tan dolorosa como la ofensa misma” (2019, p. 180).

Muchas personas fueron más allá, hasta culparlos de lo que les sucedió. En general, las personas son moldeadas por sus vivencias individuales y sociales y por sus experiencias en acontecimientos públicos; van adoptando, de manera silenciosa y anónima, hábitos, modos de pensar y obrar, cambios en la escala de valores dependiendo del entorno en el que actúan y de los ejemplos y referentes que reciben de este. En tiempo de paz y prosperidad las personas tienen mejor disposición de ánimo y de respeto por los valores básicos de la convivencia, pero cuando sortean situaciones de enemistad, división, enfrentamiento armado, odios y derramamiento de sangre van disminuyendo sus estándares morales y atenuando su adhesión a las pautas de comportamiento y a los valores indispensables para la vida en común.

De este problema trata una obra clásica de la Antigua Grecia: *La historia de la guerra del Peloponeso*, Atenas contra Esparta, dos modelos políticos enfrentados durante veintisiete años. Tucídides relata cómo la guerra va cambiando las ideas, los sentimientos, los valores de los



combatientes, de los que padecen la violencia y, también, de la población. El alma humana aparece sin cesar modificada por las relaciones con la violencia y, también, la sociedad es cegada y encorvada por la presión de la fuerza desatada en su interior. Tucídides afirma que la guerra “arrebata el bienestar de la vida cotidiana, es una maestra severa y modela las inclinaciones de la mayoría de acuerdo con las circunstancias imperantes” (1991, pp. 138-139).

Se ensombrece el lenguaje de lo justo y de lo injusto, se acentúan rencores y rupturas, en un escenario de contrastes duales (amigos y enemigos) que debilita los deberes para con los demás. El desastre afecta en primer lugar a las víctimas, pero también a los miembros de la misma sociedad en cuyo seno sucede el horror, como lo ejemplifica la práctica del secuestro durante la guerra, dilatada en décadas y difundida por todo el país, que fue acompañada de discursos bélicos justificatorios de los atentados contra la libertad, la vida y la integridad. Se instalaron mensajes, gestos, actitudes y referentes de sentido que la sociedad asumió conforme avanzaba la guerra, que socavaban pautas morales y jurídicas elementales, como lo son el respeto a la libertad personal y libertad deambulatoria, el valor intrínseco de los seres humanos (que tienen dignidad y no precio) y la vida.

Uno de esos gestos y actitudes fue el juzgamiento de las víctimas por sus conciudadanos, que queda expresado en frases cortas y suficientemente expresivas como “por algo sería”, “tenía mucha plata y era ostentoso”, “se lo buscó”, “por eso lo secuestraron, qué hacía por esa carretera”, “dio papaya”. Esta es la zona gris donde se ubican los espectadores que sucumben ante los hechos y, en lugar de ponerse de su lado, culpabilizan a las víctimas, no a los perpetradores, y de algún modo validan los actos cometidos por estos. Como lo explica Arteta (2010): “Ante el poder del verdugo y la impotencia de la víctima, el espectador medio acaba justificando el daño y atribuyendo cierta autoridad moral al verdugo” (p. 62).

Relata Isabel, hija de un agrónomo que trabajaba en el occidente antioqueño y fue plagiado por guerrilleros en una “pesca milagrosa” en la vía a Urabá:

A mi papá le salieron a la carretera guerrilleros del Frente 34 de las Farc y se lo llevaron; esa angustia de la espera duró mucho tiempo. Muchísima

gente fue muy querida y nos acompañó, nos llamaban, nos visitaban, hacían cadenas de oración. Pero también supe de otra gente que dijo: “Es que él era muy ostentoso, para qué andaba en un carro tan bonito”; “Es que él dio papaya, para qué se fue por una carretera por donde sale la guerrilla”; “Es que él es muy rico y no se cuidó”, como si él tuviera la culpa y no los guerrilleros.

Yo les contestaba que no cambiaran los hechos, que los culpables eran los de las Farc y me terminaban diciendo que mi papá había provocado la situación, que no se había sabido cuidar (comunicación personal, abril 2, 2017).

Ser víctima se convirtió en indicio de culpa, pues muchos decían que algún motivo le dieron a los actores armados, lo cual constituye una segunda afrenta: “La enormidad del crimen le sirve a este de justificación: la consciencia agotada se consuela diciendo que algo así no habría podido pasar si las víctimas no hubieran dado algún motivo, y este vago adjetivo ‘algún’ prolifera a discreción” (Adorno, 2009, p. 490).

Recuerda Paulina Vélez Jaramillo que tiempo después de que su padre, el empresario Bernardo Ernesto Vélez White, fuera secuestrado otra vez en 2001 por el Frente 34 de las Farc en una “pesca milagrosa”, ya habían pagado dos rescates sin que los guerrilleros lo liberaran, y los rumores y las mentiras se multiplicaban, culpándolo:

La gente empieza a decir: “Pues claro, es que dio papaya”, como si la culpa fuera de él y no de los que se los llevaron. Otra cosa también muy dura fue que, como mi papá se había quebrado, el chisme era que se había ido a España para escaparse de las deudas. Uno con ese dolor y la gente diciendo esas mentiras... (P. Vélez Jaramillo, citada en Gallego, 2023, p. 215).

En igual sentido, Paula Sierra Vélez recuerda la dolorosa incertidumbre conforme transcurrían los años de secuestro de su tío Bernardo cuando ya la familia tenía dudas sobre si continuaba con vida:

Con Bernardo fue muy dolorosa esa incertidumbre de tanto tiempo; de uno seguir pensando, ¿será que está vivo? A veces teníamos esperanza, otras pesimismo. Y uno permanecía sintiéndose culpable de pensar que estaba muerto y ¿si de pronto está vivo? Cómo lo das por muerto sin saber si sí o si no.

A veces llegaban chismes. Me acuerdo de llamadas anónimas a la familia, con falsas informaciones y estafas: “Venga yo le digo dónde está”, y otro, “no, es que yo lo vi vivo”, y otro, “no, es que está muerto”. Yo no sabía qué era verdad y qué era mentira (P. Sierra Vélez, citada en Gallego, 2023, pp. 209-210).

Este comportamiento de los espectadores multiplica la afrenta de la víctima con su sentimiento de abandono o de ser puesta en duda

su inocencia y la propia condición sufriente. Así le sucedió a la líder política y candidata presidencial Ingrid Betancourt, secuestrada por las Farc en 2002 mientras viajaba para encabezar un acto político en Caquetá: muchas personas dijeron que ella misma había provocado su secuestro para tener más figuración política y fama, y en la atmósfera pública caldeada de una sociedad en guerra en la que pedir la mediación humanitaria para liberar a militares y a políticos rehenes de las Farc era visto como apoyar a la guerrilla o traicionar la patria, se trató de hacer que la sociedad se olvidara de ella:

Toda suerte de cosas se dijeron en torno de mí para justificar la necesidad de olvidarme. “Fue culpa de ella, se lo buscó”, decía una voz en la radio. “Es la amante de un comandante de las FARC”. “Tuvo un hijo con la guerrilla”. “No quiere volver, vive con ellos” (Betancourt, 2010, p. 617).

En su testimonio público ante la Comisión de la Verdad, Ingrid contó cómo después de ser rescatada por la Fuerza Pública en julio de 2008 y regresar a la libertad tras seis años y cinco meses de cautiverio, lo primero que su hijo le preguntó fue si ella había tenido que ver en su propio secuestro:

Esa fue la realidad con la cual yo tomé esa decisión, entonces, es verdad que para mí la usurpación de mi voz, la negación de lo que sucedió, el hecho de haber querido transformar esto y decir “no, fue culpa de ella, ella por afán de llamar la atención”. Es tan ofensivo y es tan cruel, es tan cruel, porque durante los siete años -casi- de mi secuestro... cuando yo volví, la primera pregunta que me hizo mi hijo fue esa (silencio y llanto). Pero es lo que tú decías: en Colombia tenemos, y yo creo que es parte del traumatismo social de esta guerra... es la de culpabilizar a las víctimas. Porque una víctima siempre es incómoda para alguien, entonces desde el poder, ya sea el poder del Gobierno, el poder económico, el poder de las armas, se puede imponer otra verdad y la víctima es víctima. Entonces no solamente se disculpa al culpable o al responsable, sino que se le quita la inocencia a la víctima, que es finalmente el único capital que uno tiene moralmente para poder llevar la cruz (Comisión de la Verdad, septiembre 14, 2020).

Las víctimas declaran su indignación por los crímenes cometidos por los actores armados, y por el juzgamiento de sus conciudadanos que, al sembrar dudas o culparlas de lo sucedido, atentaban contra su honra, se desentendían de su sufrimiento y desalentaban a quienes luchaban por su liberación. Esto les causó una profunda desorientación

moral, lo cual constituye una revictimización por los conciudadanos que han terminado adoptando el punto de vista de los perpetradores, cuestionando el sentido de vivir de acuerdo con un código de cuidado, altruismo, respeto, en una flexibilización de las pautas básicas de comportamiento que forma parte de la devastación moral que tiene lugar en la sociedad colombiana.

## **2. La traición de amigos, vecinos y trabajadores**

El secuestro utilizado para buscar propósitos políticos y militares presenta uno de los rasgos característicos de la guerra civil, que es la proximidad y el conocimiento de quienes se enfrentan como combatientes de los ejércitos en disputa, o de quienes cometen o promueven las violencias contra personas civiles; es lo que Kalyvas (2010) denomina “violencia íntima” en la guerra, entre personas que son miembros de una misma comunidad soberana y comparten “vínculos diarios de interacción social o espacial, tales como la vecindad, la amistad, el parentesco o incluso la familia” (p. 457).

La violencia íntima tiene una dimensión local que implica traición, aversión o delación contra conocidos, compañeros de trabajo, amigos, vecinos, parientes, patrones, trabajadores, compadres, ahijados, otrora cercanos y después separados por “animosidades especialmente vehementes”, en lo que constituye la “discordia fraterna” propia de las guerras civiles (Waldmann, 1999, p. 31).

En algunos casos, guerrilleros y paramilitares conocían de tiempo atrás a las personas que iban a secuestrar porque eran de la misma localidad y tenían relaciones de vecindad, paisanaje, compadrazgo o de trabajo. Pero, sobre todo -y este es un hallazgo de la investigación-, salvo en los casos de las mal llamadas “pescas milagrosas” o secuestros indiscriminados, en la mayoría de los secuestros selectivos participaron personas cercanas como inductoras o colaboradoras del delito (terceros civiles) para seleccionar a la víctima y entregarle al grupo armado la información sobre sus actividades, el patrimonio y los movimientos económicos, las rutinas, los horarios de salida y llegada a las casas, fincas o empresas, y sobre sus vínculos afectivos, políticos y sociales.

Las conductas de colaboración de personas próximas obedecen a distintas motivaciones: 1) el posicionamiento ideológico en la guerra

que incluye la visión del vecino, patrón o conocido como “enemigo de clase” (“la ricachona”, “el oligarca”, “el duro de la región”). 2) El interés en granjearse los favores del grupo armado para obtener lucro económico o dejar fuera de la actividad política y del juego electoral a un rival. 3) Los sentimientos de envidia agazapados frente a la prosperidad del otro y el deseo de causarle desgracia. 4) Las inconformidades, celos o disgustos del pasado no resueltos adecuadamente. 5) El interés de congraciarse con el grupo armado que tomó el control del territorio para salvar la vida ante señalamientos de haber colaborado con el enemigo.

Este elemento de cercanía le imprimió al secuestro una característica especialmente despiadada ya que, por una parte, los autores con la ayuda de esos terceros, “estudiaron” y espionaron con sigilo a las futuras víctimas, planearon el plagio con todos los detalles y variables, y convirtieron este conocimiento en un elemento de ventaja para la comisión del hecho. Esto les permitió dar golpes certeros y forzar una negociación con superioridad al saber todo acerca de la persona secuestrada y de su familia, con lo que era imposible evadirse u “ocultar” bienes o escudarse en una insolvencia para no pagar sumas exorbitantes.

Por otra parte, a los graves daños personales, materiales y morales del secuestro hay que añadir el daño de la *traición*, esto es, el quebranto de vínculos importantes con personas cercanas, de quienes se espera un comportamiento correlativo que se refleja en los valores de lealtad, fidelidad y reciprocidad, que dan especial sentido a la existencia. De Gamboa y Herrera (2019) explican que

En general las personas crean un modo particular de relacionarse con íntimos y extraños, en el que se configura una serie de expectativas acerca de cómo actuar, qué esperar de los otros, qué tipo de valores y principios se considera que guían sus relaciones, a qué están o no obligados y también qué pueden demandar de los otros cuando dichos estándares son violados (p. 180).

La participación en el secuestro de personas de quienes se esperaba aprecio, hermandad, afinidad, lealtad, se convirtió por el contrario en deslealtad, falsía, vileza o ingratitud. La consecuencia de la traición es la decepción, el pesar causado por el desengaño, la amargura de haber sufrido acechanza, burla o insidia por parte de quienes se confiaba

y esperaba el mejor trato. En términos morales, la traición es uno de los hechos más graves, cierta forma suprema del mal.

En el secuestro en 1988, en Medellín, del senador y empresario de la ganadería y los cítricos, Alfonso Ospina Ospina, la familia se percató de que un conocido, el señor Blanco:

[...] llegaba como a averiguar a mi casa, porque éramos muy amigos desde hacía un tiempo. Venía a preguntar que cómo iban las cosas, las negociaciones, como a acompañarnos, a darnos solidaridad. Yo lo conocí y nos hicimos amigos en la campaña presidencial de Belisario Betancur (M. L. Posada, citada en Gallego, 2019, p. 101).

Por lo que ya se sabía, Blanco estaba involucrado con Pablo Escobar y el Cartel de Medellín y, ante el paso de los meses y el silencio de los captores, tuvieron que pedirle ayuda. Relata el hijo mayor, Luis Ospina Posada:

Ante el silencio, mi tío dijo: “Yo voy a hablar con el señor Blanco”.<sup>2</sup> Él fue un señor muy social que hizo parte de un grupo grande de gente y ahí trató con mi papá, mi mamá y el mismo tío mío. Él era amistad de mucha gente, en fin. Pero él terminó muy involucrado con Pablo Escobar. Señalándole a él a quiénes secuestrar. Señaló cantidad de personas para que las secuestraran, eso es muy conocido en Medellín.

Al señor Blanco ya se le conocían sus andanzas y ya había pasado a ser visto con otros ojos en Medellín fuertemente. Mi tío fue de los primeros que le dio la espalda, valga decirlo. Pero vea lo que es un secuestro, que hubo que acudir a él debido al silencio y la desesperación en que estábamos. Mi tío dijo: “Lo voy a llamar”. El señor Blanco le respondió: “Vea, no busque más a Alfonso que Alfonso está muerto, no pregunten más” (L. Ospina Posada, citado en Gallego, 2019, pp. 99-100).

Ante la necesidad de la familia de recuperar los restos y darles una sepultura honrosa, el señor Blanco:

[...] con su hermano, que también estaba metido en esos temas con Escobar, nos dio unas coordenadas de donde estaba el cadáver y nos cobró una plata grande por recuperarlo. En el año 90, nos cobraron la exageración de ciento cincuenta millones de pesos por un cadáver. Vaya a saber cómo se repartió eso y entre cuánta gente. Porque luego vamos a enterarnos de que a mi papá

---

<sup>2</sup> Nombre cambiado de una persona de la alta sociedad de Medellín, amigo de la familia Ospina, que terminó involucrado en varios secuestros y en amistad con Pablo Escobar.

lo tuvieron encerrado en una finca de Pablo Escobar, en el Magdalena Medio, o sea que en eso estaban metidos los Castaño y Escobar, que en ese tiempo eran amigos (L. Ospina Posada, citado en Gallego, 2019, pp. 100-101).

El comerciante y ganadero Adán Gallego Castaño fue secuestrado por el ELN en Santo Domingo (Antioquia), en julio de 1996; a las tres mujeres de la familia que asumieron la responsabilidad de negociar la liberación les pareció desde el primer encuentro que un amigo de Adán les había pasado toda la información sobre sus negocios, cuentas bancarias, ganados y sobre sus familiares: “Teníamos esa espina clavada de que íbamos a descubrir un amigo que se había convertido en traidor y eso fue demoledor” (citado en Gallego, 2019, p. 205). Poco después, en el tercer viaje a donde los guerrilleros, confirmaron dicha sospecha:

Cuando habíamos caminado bastante, llegamos a un sitio conocido como La vuelta del diablo y ¡oh sorpresa! el que sospechábamos como traidor venía a caballo de la zona por donde nosotras teníamos que entrar a la cita. Arturo Zuluaga venía de la zona donde estaba la guerrilla. Se puso lívido, no fue capaz de saludarnos, y siguió derecho. Para nosotras quedó claro que él era el informante. Nos daba mucho miedo cometer una calumnia, pero ahí estaba la prueba y vendrían más. El mejor amigo, ahijado de mi abuela Cristina, fue el que entregó a mi tío Adán. Fue un golpe muy duro (citado en Gallego, 2019, pp. 208-209).

Dice Constanza, la hija:

Eso fue, yo creo, lo que más le dolió. Porque a mi papá lo entregó un amigo, que le pasaba información a la guerrilla. Los guerrilleros vieron la oportunidad cuando el amigo les contó que había subido con dos camiones de ganado que tenía a utilidades en Puerto Berrío, y la guerrilla dijo: “Esta es la oportunidad para cogerlo”. Digamos que la traición a él dolió muchísimo, porque él era una buena persona (citada en Gallego, 2019, p. 209).

Cuenta Lucero, hija del ganadero y cafetero Martín P., secuestrado en 1989, que desde que empezó a entrar la guerrilla de las Farc a una región entre Antioquia y Caldas, “estaba conversando con los mayordomos de las fincas”. Luego supieron que el mayordomo participó en el secuestro: “Los guerrilleros tenían muy conversado al mayordomo que, además, nos conocía desde chiquitos. Él fue quien contó cuándo mi papá iba a bajar a la finca y les avisó que estaba devolviéndose a caballo. Así lo declaró en el momento de su captura” (citada en Gallego, 2019, pp. 174 y 177).

Recuerda Claudia Vélez Botero los dolorosos hechos del secuestro y posterior asesinato de su abuela, la líder cívica y empresaria Gabriela White de Vélez en Frontino en 1991, y lo amargo que fue darse cuenta de que un trabajador de la finca le había dado información a los guerrilleros de las Farc sobre ella, sus actividades y rutinas:

Me acuerdo como si fuera ayer... yo era muy amiga de todos los trabajadores. Había uno que era muy amigo mío porque me encantaba verlo hacer su trabajo. Vivía en la casita de abajo, los hijos eran un montón. Después del secuestro de mi abuela, nunca más volví. Un día el mayordomo me dijo: “Él fue uno de los que pasó información”, alguien de adentro. A pesar de que todos los trabajadores decían: “Aquí es la única parte en que nos pagan lo que corresponde”. En todas partes los jornales eran menos. En la finca, se pagaba lo que correspondía, pero a todo el mundo no lo quiere todo el mundo. El caso es que ese trabajador después de lo de mi abuela, nunca más volví (C. Vélez Botero, citada en Gallego, 2023, p. 139).

Después de verse obligado a abandonar sus fincas de producción en Urabá y, después, en Planeta Rica, para ponerse a salvo de la violencia, el empresario Nicolás Perfetti fue secuestrado en su finca ganadera de Santa Fe de Antioquia en mayo de 1983, hecho en el que participó un conocido que era informante del EPL y que organizó una supuesta jornada de vacunación para asegurarse que este llegara desde Medellín y los guerrilleros pudieran plagiarlo a plena luz del día:

Pronto supimos que todo fue muy planeado: los guerrilleros tenían la información que alguien conocido de mi papá les entregaba, y desde el viernes ya estaban ahí porque lo habían citado para una jornada de vacunación del ganado en la finca. Lo estaban esperando desde el viernes, y el sábado se lo llevan de la finca guerrilleros del EPL. Mi papá estaba vacunando el ganado en compañía del encargado y del vacunador y ve la gente venir (Miguel Perfetti del Corral, citado en Gallego, 2023, p. 242).

Arrostrando grandes peligros, Nicolás Perfetti se fugó y con la ayuda de un campesino de la región salvó su vida, pero supo que ya nada volvería a ser igual; tuvo que abandonar su finca, sus proyectos productivos de toda una vida y desplazarse a Bogotá a vivir encerrado en un apartamento:

Pasaron cosas muy complicadas porque mi padre ya no iba a tener tranquilidad. La guerrilla le iba a cobrar que se les había fugado. Para ellos eso era una burla. Se sabía que había gente en Santa Fe poniendo cuidado



por si mi papá o cualquiera de sus hijos, volvíamos por allá. Por eso, él tuvo que abandonarlo todo para tratar de ponerse fuera del alcance del EPL (M. Perfetti del Corral, citado en Gallego, 2023, p. 250).

La traición deja heridas morales en las víctimas; la bancarrota de vínculos cercanos y estándares básicos del comportamiento fidedigno genera un sentimiento de absurdo que anula la noción de comunidad: “[...] estamos solos y aislados sin ninguna entidad que nos ampare. A lo mejor, no supimos dónde debíamos encontrar sentido a nuestra existencia” (Malamud Goti, 2012, p. 75).

Se pierde la capacidad de confiar, pues la “víctima ya no se duele tanto del daño infligido por su enemigo, sino infinitamente más por ese otro daño que le propinan quienes parecían sus amigos o siquiera individuos más cercanos” (Arteta, 2010, p. 48). Se desgarran vínculos fraternos: los amigos no se volvieron a hablar, los socios se separaron, los compadres no se volvieron a ver, los vecinos perdieron el contacto, las amigas ya no se saludan, de los trabajadores no se volvió a saber. Un vasto tejido social se desbarató a causa del secuestro, como una telaraña que se deshace.

### **3. La prohibición de socorrer a las personas secuestradas**

En territorios donde los grupos insurgentes establecieron sus dominios instauraron la ley del silencio y prohibieron cualquier gesto de compasión o socorro con las personas victimizadas, así como la denuncia ante las autoridades. La solidaridad con los secuestrados tenía como castigo el destierro o la muerte. Señala el informe ¡Basta ya! que “Las lógicas de la guerra impusieron la desconfianza, el silencio y el aislamiento, y deterioraron valores sociales fundamentales como la solidaridad, la participación y la reciprocidad. Estos valores garantizan la seguridad, el desarrollo y resultan fundamentales para la convivencia y la cohesión social” (CNMH, 2013, p. 274).

La solidaridad teje vínculos y es primordial para la vida en sociedad; ayuda a superar la fragilidad humana y suscita la expectativa de que, ante un percance, alguien brindará auxilio. En consecuencia, la sociedad se desteje cuando el auxilio al otro y el altruismo son declarados conductas ímprobos.

La Jurisdicción Especial para la Paz, en el macrocaso número 01, “Toma de rehenes y graves privaciones de la libertad cometidas por las FARC-EP”, se refiere a

cómo las cualidades morales de solidaridad, compasión y apoyo que son propias de las comunidades rurales, fueron afectadas al forzar a las familias campesinas, indígenas y afrocolombianas a prestar sus casas y tierras como lugares de cautiverio. Esto es indispensable para comprender la gravedad de la afectación de las víctimas, sus familias y sus comunidades, y, por lo tanto, para la posibilidad de una reparación (JEP, Auto N.º 19 de 2021, p. 247).

Paulina Jiménez, secuestrada en el 2000 durante 61 días por el Frente Carlos Alirio Buitrago del ELN en El Retiro y forzada a caminar centenares de kilómetros de la agreste geografía de Antioquia, recuerda cómo en una semana “en la que estuvimos parados” “nos tuvieron en una casa campesina, conviviendo con campesinos a los que la guerrilla los ponía a cuidarnos. Es que llegamos a invadir su casa, una casita de tapias, donde vivían: el señor Ancízar, su señora y su niña” (P. Jiménez, citada en Gallego, 2019, p. 299).

Añade:

Muchas veces he pensado en tantos y tantos campesinos intimidados, acosados, atacados por los que hacen la guerra. Nunca olvido cómo después de un enfrentamiento con el Ejército, nos tuvieron tomando agua e panela en la casa de una campesina que se le veía por encima la tristeza y, también, la ira que tenía de atendernos. A ella le mataron al marido en ese enfrentamiento y así, obligada por la guerrilla, le tocó atendernos ese día. Los campesinos son, definitivamente, los que más han sufrido esta guerra (P. Jiménez, citada en Gallego, 2019, p. 307).

La prohibición de la solidaridad con las víctimas de secuestro, respaldada en la violencia, fue impuesta en la cotidianidad de comunidades enteras, como sucedió en el occidente antioqueño cuando el Frente 34 de las Farc abrió una ruta para “sacar” secuestrados hacia territorios con menor presencia del Estado (Chocó, Urabá, Parque Nacional Natural Los Katíos y frontera con Panamá). De esta historia se tuvo conocimiento durante la investigación.

Rubén M., destacado profesional que se dedicaba a hacer productivas las tierras que había heredado de sus padres, fue secuestrado en el año 2000 cuando se desplazaba desde el occidente antioqueño hacia Medellín, en compañía de su esposa e hijos. Salieron guerrilleros

del Frente 34 de las Farc y les apuntaron con armamento pesado; él pidió que les respetaran la vida. Después de momentos de tensión, se lo llevaron en su carro y dejaron a su familia abandonada en la carretera.

El secuestro duró tres meses; Rubén M. fue obligado a recorrer el vasto territorio del occidente antioqueño mientras aguardaba los resultados de una incierta negociación con su familia. Una noche aprovechó un corto bache en la vigilancia para huir, sin estar bien calzado:

Cuentan que Rubén caminó todo el amanecer, que se orientó siguiendo la bajada de una quebrada, que saltó varias cañadas hasta que por la mañana salió a una vereda muy bonita, llena de casitas y de cultivos y que se fue por un camino en busca de alguien que lo socorriera. Que a medida que caminaba iba dejando gotas de sangre, porque se le habían pelado los pies de andar descalzo. Varias personas lo vieron pasar, pero nadie lo auxilió porque esa era una ruta por donde los secuestrados eran sacados hacia Chocó, y las FARC les tenían prohibido ayudar a los desconocidos que pasaran por ahí.

Supimos que rogaba ayuda y nadie lo favoreció por miedo a la guerrilla. Él siguió casi sin fuerzas hasta que llegó a una escuelita y tocó con la esperanza de que lo auxiliarían. Le abrió la puerta una maestra, pero ella mandó llamar a los de las FARC, y se los entregó. Los guerrilleros lo mataron a tiros.

Esto lo vinimos a saber después, cuando dos campesinos de la zona, conocedores de lo sucedido, nos mandaron avisar para que, por lo menos, supiéramos de su muerte, y no lo esperáramos más. La guerrilla nunca se tomó el trabajo de hacernos saber de la muerte, ni tampoco pudimos recuperar el cadáver (Camilo R., comunicación personal, mayo 21, 2019).

Rubén M. murió no a pesar de su valor, sino por su valor de evadirse desafiando el poder de los guerrilleros y luchar por su libertad tropezando con la denegación de ayuda. Posiblemente era un intento sin esperanza en aquella difícil geografía donde imperaban la violencia y el castigo a la solidaridad humana, pero revela una fortaleza de ánimo para defender su libertad y su dignidad que merecen ser recordadas. Este desenlace muestra las nefastas consecuencias que traen, por una parte, la falta de solidaridad en contextos de violencia y terror y, por otra, el comportamiento de colaboración con los actores armados como el de la profesora, al entregar a una persona indefensa para que la mataran.

En las zonas de guerra imperó la lógica del “sálvese quien pueda” y fue frecuente la denegación de la mínima ayuda o gesto humano para

con quienes habían sido puestos violentamente al límite de la supervivencia. Las imposiciones arbitrarias de los actores armados convertían cualquier acto de compasión en una falta grave que castigaban con destierro o con pena de muerte, de lo que resultó una forzada actitud de distanciamiento ante el sufrimiento de otros como medida de supervivencia por estado de necesidad. Las personas fueron forzadas a reprimir la piedad instintiva que todo ser humano normal experimenta ante el sufrimiento de sus congéneres, una emoción que es un sello de humanidad, pues “Los hombres no habrían sido otra cosa que monstruos si la naturaleza no les hubiera dado la piedad en apoyo de la razón” (Rousseau, 1998, p. 265).

Las comunidades denuncian “la represión que ejercieron los actores armados sobre las manifestaciones colectivas de solidaridad” (CNMH, 2013, p. 275) y cómo esto les causó desestabilización emocional y social y les dejó sentimientos de vergüenza y de culpa por no haber socorrido a las víctimas, y un temor persistente a ser castigadas por auxiliar a quien lo necesita.

#### **4. La atomización de la sociedad por el miedo al secuestro**

El miedo al secuestro se asentó en la vida cotidiana, instaló un malestar y un sentimiento difuso de que confiar en los demás es arriesgarse a ser dañado. El relacionarse poco, guardar silencio y ser receloso como medida de seguridad se convirtieron en pautas de conducta, como cuenta Cecilia C., líder de una familia de cafeteros del suroeste antioqueño:

Después de todo lo que nos pasó en la familia, después de tantos secuestros por la guerrilla y de extorsiones por los paramilitares, yo aprendí que para uno no es sino Dios, la mamá y los hermanos. En nadie más se puede confiar; uno no tiene seguridad con los demás, porque el que uno menos piensa es capaz de cualquier cosa, hasta de ir y entregarlo a uno. Por eso, nosotros decidimos cambiar de residencia, ir poco a las fincas de producción y ser de bajo perfil; nunca más volvimos a tener carros de lujo ni a mostrarnos en sitios públicos, ni a relacionarnos con gente que no viniera recomendada por allegados a la familia (comunicación personal, enero 21, 2020).

Las familias azotadas por el secuestro sienten que solo pueden confiar en pocas personas (“las paredes hablan”, “no se saben quién

es quién”) y las demás no merecen credibilidad, salvo que alguien cercano pueda dar fe. Después de los secuestros y asesinatos de su abuela Gabriela White, su padre Félix Vélez White y su tío Bernardo Vélez White, Claudia Vélez Botero manifiesta su prevención y suspicacia porque en estos hechos participaron algunas personas conocidas de Frontino, trabajadores de las fincas:

La mano derecha de mi tío Bernardo se llama Jorge Zapata. Y Jorge, mi exesposo, lo apoyó mucho en varios negocios: “Compre ganado aquí, haga esto allá, que no sé qué”. Y yo preguntaba si era de los buenos o de los malos. Porque me quedé sin saber quién es quién. “No, Jorge es de los buenos”. Entonces ya Jorge se volvió asiduo de la casa, sin problema. Alguien me decía: “Darío te manda muchas saludes, el que montaba los caballos”. Y yo... la misma pregunta. “No, Darío súper bien”. Ah, bueno. Es que es muy maluco toda la secuela de miedo y desconfianza que le dejan a uno los secuestros en la familia. Entonces al final... yo de Frontino no sé quién es quién (C. Vélez Botero, comunicación personal, agosto 4, 2018).

El miedo a los demás es muy patente en los niños cuyos familiares sufrieron secuestro y que a tan corta edad tuvieron un fuerte choque con la realidad que los dejó obnubilados y sin elementos para entender lo que sucedía. Al igual que con tantas otras violencias en la historia del país, “los adultos nunca se tomaban la molestia de explicarles nada de lo que acontecía” y “adultos y menores habitaban mundos paralelos que casi nunca se tocaban” (Uribe, 2012, pp. 107-108); con lo cual se producían trastornos psíquicos en los niños y las niñas como pesadillas, angustia, apatía y desinterés por el estudio y los juegos, temor ante cualquier cambio en el entorno y dificultad para verbalizar las imágenes, los afectos y las representaciones de los hechos y los sentimientos que estos les suscitaban.

Lucero, la hija de Martín P., ganadero y cafetero secuestrado por el Frente 47 de las Farc, tenía catorce años y cuenta que un día, mientras su papá estaba cautivo, su tía se demoró un poco para recogerla en el colegio: “Ese fue un momento de mucho sufrimiento, porque cualquier irregularidad en ese tiempo representaba para mí una posible tragedia. Estaba sola, comencé a llorar con angustia, con la mayor sensación de desamparo que nunca he tenido, que nunca quisiera volver a tener” (citada en Gallego, 2019, p. 179). Se desconfía del desconocido e, incluso, de los cercanos, lo cual trastoca la manera de ver el mundo.

Así le sucedió a la familia de Martín P., que después de su secuestro y asesinato, tuvo que soportar el secuestro del abuelo, que murió en poder de la guerrilla en abril de 1991. Relata Lucero:

Mi familia ya no confiaba en nadie, ya nadie podía ir por la leche, ya no confiaban en ningún trabajador, ni mayordomo, se fueron abandonando la finca, las pesebreras, los caminos, la gente no podía entrar a la casa. En ese panorama, mi abuela abandona el pueblo y se viene a vivir a Medellín (citada en Gallego, 2019, pp. 178-179).

A medida que el secuestro arreció, la sospecha y el temor se propagaron en cualquier dirección: al desconocido, por imaginarlo “infiltrado” o “informante” de algún grupo armado, y al conocido, por esperar la deslealtad y la calumnia. Quedó muy resquebrajada la tradición de amabilidad y hospitalidad, así como la expectativa en la buena fe del otro, sobre todo en pueblos y en zonas campesinas donde fueron secuestradas personas que eran figuras cívicas y referentes para las comunidades. En estos contextos, el recelo impregna las relaciones sociales, pues cada individuo tiene motivos para temer las indiscreciones de vecinos o familiares.

Cuenta María J., habitante de Frontino, lo que implicó la presencia de actores armados en el pueblo y la ocurrencia de lo inesperado, el secuestro y asesinato de la destacada líder cívica Gabriela White de Vélez y luego de sus hijos Félix Antonio y Bernardo Vélez White:

Cuando en los 80 empezaron los secuestros, y se echó de ver que los guerrilleros tenían cómplices en la comunidad, sobre todo cuando fueron capaces de llevarse a una señora de las calidades humanas de doña Gabriela White de Vélez, que fue como una madre para todos nosotros, todos vimos que no se podía confiar en nadie, que cualquiera era capaz de clavarle a uno el cuchillo. Nos entrábamos temprano para la casa, nadie se detenía en el mercado o en la plaza a charlar. Y vea, cuando llegaban desconocidos al pueblo, nadie conversaba con ellos, nadie les daba ni una mínima entrada. Yo tengo el recuerdo de un vendedor de algodón que puso un puestico en el parque y los niños se antojaban y a los papás les daba miedo de él, porque creían que era un espía de la guerrilla. Lo mismo pasó con un vendedor de enciclopedias, ¿se acuerda de esos vendedores que iban de pueblo en pueblo?, alguna que otra vez vino, y a la gente le daba susto recibirlo, casi nadie le quiso comprar. Así se puso la vida (María J., comunicación personal, septiembre 6, 2018).

Toda una gama de contactos, intercambios y relaciones se frustró por la aprensión y la alarma, que hicieron de esta una sociedad de individuos alertas y atomizados, un agregado de seres aislados, con efectos paralizantes que impidieron realizar actividades básicas como caminar por el campo, salir de noche, hacer viajes largos por tierra, “mostrarse en público” y participar en reuniones sociales o cívicas, establecer tratos comerciales u organizarse comunitariamente. Se tornó más endeble la sociabilidad y mayor la vulnerabilidad de las personas durante la guerra.

Ya a comienzos de los años 80: “Cualquiera que tuviera plata convivía con la obsesión permanente de ser la siguiente víctima y, para evitarlo, convertía su casa en una verdadera fortaleza de rejas, alarmas y celadores, se desplazaba en automóviles blindados con teléfono y control remoto para abrir el garaje y gastaban elevadísimas sumas pagando guardaespaldas” (Restrepo, 1999, pp. 139-140). Se estima que el mercado de la seguridad privada se incrementó en el país en un 12 % anual desde mediados de los noventa por los problemas de extorsión, secuestro y distintas violencias asociadas a la guerra y a la inseguridad urbana (Pax Christi, 2002, p. 93).

Los símbolos del miedo al secuestro son los carros blindados, las casas o los conjuntos residenciales cerrados por muros, vallas, altas puertas de hierro, púas y vigiladas con cámaras de seguridad, censores de presencia, y la profusión de los servicios de seguridad privada, desde compañías locales que vigilan edificios y escoltan personas hasta empresas multinacionales.

El temor invadió la vida cotidiana, estimuló discursos estigmatizantes del otro y desató un círculo vicioso en el que una violencia mayor y última supuestamente pondrá fin a todas las violencias, círculo del que la sociedad colombiana no logra salir.

## **5. La trivialización del secuestro**

Con el agravamiento del conflicto armado al final de la década del 80 y el incremento de la práctica del secuestro, llegó una avalancha de noticias diarias impactantes que suscitaban cierta sensibilidad y repudio, pero poco a poco los espectadores empezaron a experimentar

confusión ante la profusión de secuestros a los que no sabían cómo responder. Los medios de comunicación publicaban fotografías y videos de personas extenuadas en cautiverio o acabadas de liberar; se escuchaban por radio las voces fatigadas y se veían por televisión imágenes enviadas por los captores como prueba de supervivencia de personas indefensas, demacradas y avejentadas, amarradas con sogas o cadenas, cuerpos vapuleados y derrotados tras cercos de púas.

Se extendieron actitudes como la negación (“yo no tengo la culpa de estos horrores”), el desconcierto (“¿yo qué puedo hacer?”), el agotamiento (“estoy harto de ver esas noticias”) y la mayoría se refugió en la seguridad de sus hogares, desde donde seguían los sucesos como pasivos espectadores, sin reflexionar sobre la gravedad e implicaciones para las víctimas y para la sociedad, y sin animar la imaginación para actuar de manera colectiva contra la crueldad masiva.

El problema no es la profusión de noticias e imágenes de violencia: “Debemos permitir que las imágenes [...] nos persigan”; “A partir de determinada edad nadie tiene derecho a semejante ingenuidad y superficialidad, a este grado de ignorancia o amnesia”, dice Sontag (2004, p. 131). El problema es la pérdida de la capacidad de reacción moral y política de la sociedad; la gente empieza a sentir que “nada se puede hacer”, a lamentarse sin trascendencia (“pobre gente, qué pensar”) y, tras la pasividad y la sensación de impotencia, vienen el cinismo, el embotamiento emocional y la habituación, es decir, creer que el secuestro era inevitable, que había que acostumbrarse a vivir con esa realidad (bajo la suposición de que siempre le sucede a otra gente) y adaptarse al hecho de que grupos insurgentes y grupos paramilitares (esto era menos conocido) habían convertido a seres humanos en instrumento de intercambio, sometidos a oprobiosas condiciones de vida.

Una conducta tan inhumana como el secuestro fue “pan de cada día”, “parte del paisaje” y empezó a parecer, en muchos casos, trivial, como si estos hechos carecieran de importancia. Había un sentimiento de que nada *podía* hacerse y nada *debía* hacerse, lo que condujo a la normalización del daño. Pécaut señalaba que

las acciones ordinarias de crueldad ya no llaman la atención. Las sensibilidades se han embotado. Es necesario que esas acciones sean particularmente espectaculares para producir sobresalto. En la opinión se establece una especie de clasificación oficiosa, fundada no solamente en la



cantidad de víctimas o en su notoriedad, sino también en la trama supuesta en la cual se inscriben (2013, p. 51).

En igual sentido, Oviedo y Quintero (2014) subrayaban “la poca solidaridad de la sociedad civil”, y que esta terminó entrando en una rutina del mal en la que, ante las historias de víctimas de secuestro, se dio una “banalización de su dolor y su sufrimiento” (pp. 350-351).

El secuestro parecía un suceso fútil que se prestaba a chistes: “Habla más que un secuestrado cuando vuelve”; “Está más embolatado que un secuestrado”. Se hacían bromas pesadas a víctimas de este flagelo, como relata Claudia Vélez Botero, cuya familia ya había sufrido varios secuestros y el asesinato en cautiverio de su abuela, doña Gabriela White:

Hay una experiencia que me pasó en Frontino que fue completamente salida de lugar e indignante. Yo estaba furiosa. Yo iba a veces a pasar algunos días donde una amiga, que ya vivía en Medellín, pero en vacaciones se iban para Frontino. Todo el día hablando de una invitación que nos hacían a una fiesta, entonces fuimos y llegamos a un segundo piso. Que la piñata, que los dulces. Ya tarde dijimos que nos íbamos: “No, no pueden salir. Están encerrados, están secuestrados. Hasta que los papás no vengan a dar una plata por ustedes (no sé si para las Fiestas de la Panela) no se pueden ir”. Y yo me puse histérica: “¿Cómo que estoy secuestrada? ¿Es que no se acuerdan de lo que nos ha pasado en mi familia? ¿Qué es esto?”. Para ellos fue un chiste, pero para mí fue del peor gusto del mundo. Bromas de esas son muy hirientes (C. Vélez Botero, comunicación personal, agosto 4, 2018).

Muchas personas estuvieron cerca de secuestrados y no fueron capaces de reaccionar moralmente para ayudarlas, tal vez porque la costumbre logra convertir lo infame, lo terrible en aceptable. A las periodistas Diana Turbay y Azucena Liévano, secuestradas con su equipo periodístico por el Cartel de Medellín en 1990, las confinaron en una casa amplia en las cercanías de Medellín:

La vida familiar no parecía cambiada por los secuestrados. Llegaban señoras desconocidas que las trataban como parientes y les regalaban medallas y estampas de santos milagrosos para que las ayudaran a salir libres. Llegaban familias enteras con niños y perros que retozaban por los cuartos (García Márquez, 1996, p. 69).

En este mismo episodio, el periodista Hero Buss estuvo secuestrado en una casa donde una pareja joven lo custodiaba:

Los fines de semana hacían fiestas y comilonas de hermanos, primos y amigos íntimos. Los niños se tomaban la casa. El primer día se emocionaron al conocer al gigante alemán que trataban como a un artista de telenovela, de tanto haberlo visto en televisión. No menos de treinta personas ajenas al secuestro le pidieron fotos y autógrafos, comieron y hasta bailaron con él a cara descubierta en aquella casa de locos donde vivió hasta el final del cautiverio (García Márquez, 1996, p. 124).

La sociedad perdió la capacidad de indignarse en medio de un deterioro dramático de la trama de significados colectivos necesarios para el respeto a las pautas básicas de la convivencia. Un mal extraordinario hizo parte de la vida diaria y muchos terminaron por habituarse a él y banalizarlo, lo que da cuenta del extravío de valores morales fundamentales. La capacidad de resistir frente a lo injusto no es solo cuestión de psicología individual, sino también de cultura y ética cívica que se traduce en acciones efectivas para rechazar la violencia, arropar a las víctimas e impedir hechos similares.

## Conclusiones

La práctica masiva del secuestro como táctica bélica en la prolongada guerra deja graves impactos colectivos en la sociedad colombiana, que constituyen una faz opaca y poco conocida de este fenómeno criminal, que merece ser reconocida, puesta de relieve y analizada a partir de los testimonios de las víctimas.

Como se pudo mostrar en este trabajo, la mayoría fue indiferente, pasiva e insensible ante el daño y el sufrimiento injusto de sus conciudadanos y poco a poco se generó un lenguaje que maquilla los daños físicos, emocionales, morales y económicos con eufemismos como “retención” o “pesca milagrosa”; se inventaron formas elusivas para eximir de responsabilidad a los autores y culpabilizar a las víctimas, y se impuso la lógica de la desconfianza en las relaciones sociales con el impedimento de la solidaridad humana y el miedo a ser secuestrado.

Muchos se inclinaron con sus gestos y acciones hacia el avasallamiento de la libertad, la intimidad y la dignidad e, incluso, apoyaron a los perpetradores como colaboradores e informantes con la traición al amigo, socio, al vecino, al allegado.

Lo que antes parecía nefasto y despertaba rechazo, fue visto como destino inevitable o suceso trivial, una manera de actuar y de omitir generalizada en el entorno donde los actores armados cometían los crímenes, todo lo cual produjo nuevos agravios a las víctimas y da cuenta del estado de perversión social de la guerra y de cómo los espectadores contribuyeron a la perpetración de atrocidades masivas.

Esta corriente contraria a las más básicas normas de convivencia tuvo una *vis* expansiva por la imitación de un modelo de conducta, que fue en muchos casos, en la atmósfera enrarecida de la guerra, el que hacía apología de la violencia, el que denegaba socorro, banalizaba los daños del secuestro o se había puesto de lado de los perpetradores.

Lo que se recibe y se aprende de los semejantes por elección o imitación, cuanto deliberadamente se valora, decide y hace, es cultural: se han establecido nuevos acuerdos de significado que atañen al mirar para el otro lado mientras el mal del secuestro ascendía, la familiaridad con el antagonismo y la privación violenta y arbitraria de la libertad, la ley del más fuerte, el señalamiento del otro para ser secuestrado y la instalación de la lógica de la violencia y la muerte en el lenguaje, en las formas simbólicas, en la vida cotidiana. El universo simbólico se ha trastocado con ocasión de la guerra y la práctica masiva del secuestro.


Cuando se instalan estos referentes de sentido en la sociedad, cuando la ruptura con las normas básicas se arraiga en la cultura, el derecho se torna altamente ineficaz porque las personas no reconocen las conexiones entre lo que los demás deben hacer y lo que hacen, no defienden a quien está siendo vulnerado ni reclaman el restablecimiento de sus derechos; sienten recelo, zozobra, angustia y desamparo en sus interacciones sociales y se aíslan. Este deterioro del universo simbólico resta capacidad y fuerza a la sociedad para la resistencia colectiva contra la guerra y las atrocidades, la defensa de las instituciones democráticas y para la construcción de una paz estable y duradera.

Tomar conciencia de la realidad de los impactos del secuestro sobre la cultura es un paso para suturar colectivamente las profundas rupturas que deja una guerra prolongada, para apostar por la deconstrucción de símbolos que normalizan la violencia y por la educación para la paz, trabajar por la reparación a las víctimas y por la no repetición del horror.

## Consideraciones éticas

Este artículo teoriza un hallazgo inesperado (los daños colectivos del secuestro sobre la cultura y la convivencia en comunidad) derivado de varios proyectos de investigación desarrollados bajo mi dirección, con el auspicio de la Universidad EAFIT en asocio con el Centro Nacional de Memoria Histórica y el Museo Casa de la Memoria de Medellín. Dichos proyectos (767-000007, 828-000053 y 974-000009) fueron evaluados por el Comité de Ética de la Universidad EAFIT, con el propósito de garantizar el respeto al consentimiento informado de los participantes, la protección de su dignidad e intimidad, y la aplicación del principio de acción sin daño.

## Agradecimientos

Expreso mi profundo agradecimiento a la Universidad EAFIT, al Centro Nacional de Memoria Histórica y al Museo Casa de la Memoria de Medellín por su respaldo a las investigaciones. Igualmente, a las víctimas que nos honraron al confiarnos sus relatos y autorizar su publicación, y a los miembros del equipo de investigación 

## Referencias

- Adorno, T. W. (2009). *Crítica de la cultura y sociedad II. Intervenciones. Entradas* (J. Navarro Pérez, Trad.). Akal.
- Arteta, A. (2010). *Mal consentido. La complicidad del espectador indiferente*. Alianza.
- Betancourt, I. (2010). *No hay silencio que no termine*. Aguilar.
- Cassirer, E. (2006). *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura* (2.<sup>a</sup> ed., 23.<sup>a</sup> reimp.). FCE.
- Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH]. (2013). ¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad. *Informe general del Grupo de Memoria Histórica*. Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación.
- Comisión de la Verdad (2020, septiembre 14). *Reflexiones éticas y políticas sobre el secuestro. Ingrid Betancourt Pulecio habla con la Comisión de la Verdad*. [Archivo de video]. YouTube. <https://short.do/hzLwly>.

- De Gamboa, C. y Herrera, W. (2019). Las disculpas políticas y su propósito en la justicia transicional. En C. de Gamboa y C. Sánchez (Eds.), *Cartografías del mal. Los contextos violentos de nuestro tiempo* (pp. 175-208). Siglo del Hombre Editores, Universidad EAFIT y Universidad del Rosario.
- Gallego García, G. M. (Relatora principal). (2019). *Después vino el silencio. Memorias del secuestro en Antioquia*. (Correlatores: M. González y W. F. Hoyos Salazar). Siglo del Hombre Editores, Universidad EAFIT y Museo Casa de la Memoria de Medellín.
- Gallego García, G. M. (Relatora principal). (2023). *Fue como un naufragio. Análisis y testimonios del secuestro en Colombia*. (Correlatoras: M. González Forero y M. C. Paton). Siglo del Hombre Editores, Universidad EAFIT y Museo Casa de la Memoria de Medellín.
- García Márquez, G. (1996). *Noticia de un secuestro*. Norma.
- Jurisdicción Especial para la Paz [JEP]. (2021, enero 26). *Auto No. 19 de 2021*. (Sala de reconocimiento de verdad, de responsabilidad y de determinación de los hechos y conductas. Magistrada relatora: Julieta Lemaitre Ripoll). <https://short.do/KogmOl>.
- Kalyvas, S. N. (2010). *La lógica de la violencia en la guerra civil* (P. A. Piedras Monroy, Trad.). Akal.
- Malamud Goti, J. (2012). Traición, egoísmo y el sentido de la existencia: pensando en Borges y el mal. En Á. Uribe Botero y C. de Gamboa Tapias (Eds.), *Fuentes del mal* (pp. 47-82). Universidad Nacional de Colombia y Universidad del Rosario.
- Oviedo Córdoba, M. y Quintero Mejía, M. (2014). El secuestro: una fractura en la identidad narrativa. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 12(1), pp. 339-353. <https://doi.org/10.11600/rclcsnj.12.1.1132>.
- Pax Christi. (2002). *La industria del secuestro en Colombia. ¿Un negocio que nos concierne?* Pax Christi Holanda.
- Pécaut, D. (2013). *La experiencia de la violencia: los desafíos del relato y la memoria*. La Carreta.
- Restrepo, L. (1999). *Historia de un entusiasmo* (2ª. ed.). Norma.
- Restrepo, L. (2018). *Los divinos*. Alfaguara.

- Rousseau, J. J. (1998). Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres. En *Del contrato social. Discursos* (M. Armiño, Trad.). Alianza.
- Rubio, M. (2005). *Del rapto a la pesca milagrosa. Breve historia del secuestro en Colombia*. Universidad Externado de Colombia.
- Sontag, S. (2004). *Ante el dolor de los demás* (A. Major, Trad.). Santillana.
- Tucídides. (1991). *Historia de la guerra del Peloponeso*, Libros III-IV (J. J. Torres Esbarranch, Trad.). Gredos.
- Uribe, M. V. (2015). *Hilando fino. Voces femeninas en La Violencia*. Universidad del Rosario.
- Waldmann, P. (1999). Guerra civil: aproximación a un concepto difícil de formular. En P. Waldmann y F. Reinares (Comps.), *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina* (pp. 27-44). Paidós.